

cuencia por los cazadores. Era una especie de canastillo formado de ramas y raíces entre dos ó tres troncos gemelos, y suspendido en el declive de la colina como un nido de gavilan. La mirada caía a plomo sobre ramas de árboles y plantas enredaderas, entre las que se abría paso un fresco arroyo hasta el mar que no está lejos, Esta agua, medio oculta en el follaje, atrae a los jabalíes, y por lo tanto, era el lugar en que se podía contar con el éxito; por lo ménos Mefisto que estaba acurrucado cerca de mí, me murmuraba palabras de esperanza.

Este bribon, en postura de acechador, tenia una cara singularísima con su absurdo perfil de camello y su aire astuto. Sin duda habria estallado en risa hasta hacer retumbar el bosque, si no hubiésemos estado de caza. Encuéntranse en la vida personajes, que desearia uno, sin mas razon, ver abofetear con mano vigorosa, ó que de buena gana llenaria uno de recompensas, como a niños malcriados a quienes se anima en sus impertinencias. He visto de estos hombres en las cortes, entre sabios eminentes; pero especialmente los he visto en la clase de los *ciceroni*, de los criados de las posadas y de los dependientes ambulantes. Tal debia ser la cara del mono de Ferney, y tal era la de Miguel de Nicolo. Por demás es decir que en materia de correccion, me limité siempre con él a la risa homérica, sin ceder nunca a la tentacion de llegar a las vías de hecho.

El cielo me castigó por mis veleidades poco cristianas; me habia dejado arrullar por el canto de las cigarras, y de repente me despertó el ruido que hacia la bestia en el follaje; pero no pude descubrir nada. Se frustró la partida; nadie habia tirado, y comprendí que las cacerías de Albania no estaban tan bien arregladas como las de nuestros parques en donde todo pasa tan cómodamente.

Regresamos a nuestro punto de reunion, no sin sentirnos muy mal por las barras de madera de nuestras pretendidas sillas. Los marineros tienen cierto gusto de órden. Nuestros hombres habian levantado un bonito baldaquino con pabellones de buques y habian tendido en tierra alfombras y cojines, lo que formaba un campamento oriental y regio que habria convenido perfectamente a un gefe de nómades.

Apénas nos habiamos desembarazado de nuestro arreo de caza, cuando nuestras gentes vinieron a anunciarme con cierta turbacion, que se percibia una nube de polvo que bajaba siguiendo la costa a la llanura de la Bojana y que se dirigia adonde estábamos. A poco se vieron brillar las armas y se distinguieron los caballos en la nube. El incidente tomaba un carácter sospechoso y romántico. Desde nuestra elevada posicion dirigiamos nuestras miradas a aquella aparicion misteriosa sin perder nada de nuestra dignidad, sostenidos por la confianza que nos inspiraban las fuerzas de combate colocadas bajo nuestras órdenes. La nube de polvo se disipó y pudimos distinguir un grupo de hombres a caballo, que al acercarse reconocimos eran enviados del agá de Ischmi. Era, sin duda, un reconocimiento de policia inspirado por nuestro porte independiente en los libres bosques de Rondoni.

Los ginetes, que parecian pertenecer a la aristocracia otomana, se apearon en la playa cerca de nuestros bagajes. Entretanto me apresuré, entre las risas de nuestros jóvenes, en tomar mis disposiciones para recibir a aquellos musulmanes con una dignidad oriental y graciosa condescendencia. Me eché a los hombros mi albornoz, me ceñí el sable y tomé en la mano derecha la pipa de la paz, sentándome en el lugar mas elevado, y haciendo que todos los demás se colocasen en círculo a mi alrededor. Wassili fué enviado en calidad de dragoman al encuentro de las gentes del bajá y las condujo a mi presencia. Eran unos *chibouktchis* y seides de policia, vestidos unos con el traje albanés y los otros con el antiguo de los turcos, con el turbante y el caftan bordado de pieles. Habian oído hablar de la llegada de un gran navío con una numerosa tripulacion, y venian a informarse de las intenciones de este buque y de lo que queria tanta gente en una costa inhabitada.

Semejante desconfianza es desusada en Turquía, y solo podria provocarla la situacion nueva del Oriente. A lo que parece, en el fondo de su corazon nos tenian por filibusteros, ó cuando ménos por enemigos. Los hice sentar en nuestro círculo, y aunque al principio se manifestaron temerosos, pronto recobraron la calma oriental, dejándose modestamente ofrecer pipas por nuestros jóvenes. Declaréles entónces a qué nacion perteneciamos y les mos-

tré nuestro pabellon, que, sensible es decirlo, *nostra culpa*, no parecia serles conocido. Les afirmé que viviamos en muy buena inteligencia con su Padischah y que nos ocupábamos allí especialmente de caza. El jabalí abatido confirmaba este testimonio.

Despues de algun tiempo no nos contrarió poco el ver que aquellas buenas gentes se ponian a sus anchas y no parecian dispuestos a levantar tan pronto la sesion. Ellos conocian nuestra posicion, y nosotros en realidad no sabiamos nada de la suya. Los vínculos de la civilizacion y de una buena correspondencia, no podian establecerse entre las dos partes. Preciso era, pues, visto que no se disponian a abandonar el lugar, hallar un medio diplomático de expulsarlos cortesmente. Me revestí de una fisonomía tan digna y tan benévola como pude, y dirigiéndome a nuestro improvisado dragoman, le dije que hiciese comprender de un modo cortés a aquellos nobles turcomanes, que una ley que observábamos estrictamente, nos ordenaba tomar a esa hora del dia baños de mar para santificarnos. La observacion pareció producir su efecto en los creyentes que como buenos discípulos de Mahoma respetaban las abluciones prescritas: solo deseaban de un modo ú otro ver la corbeta. Los despaché para ella con un salvoconducto, debajo del cual agregué la orden páfida de ofrecerles además del café, el vino tan estimado por los hijos del Profeta. Justamente estábamos zabullidos en las olas, cuando regresaron ya bien refrigerados en una chalupa: a su paso tuvimos cuidado de inclinarnos en todas direcciones con muchas cortesias, como si nos ocupásemos de cumplir con gran celo las prescripciones de nuestra religion. Los musulmanes se penetraron de tanta devocion, y dirigieron desde lejos adioses afectuosos.

4 de Agosto de 1853.

Hoy he permanecido de nuevo a bordo y he dejado a los demás entregarse a los placeres de la caza. Pusiéronse de nuevo en acecho del jabalí; pero con el mismo mal éxito. A cosa del medio dia, los cazadores, que habian ido a descansar al salon del bosque, nos enviaron a bordo al agá de Ischmi con sus portadores de pipa. Lo dejé llegar recibéndolo en mi camarote con su andrajosa

escolta. Aquellas buenas personas cayeron en mi habitacion como una nube de insectos y comenzaron por sentarse sin ceremonia. Los hijos del agá (pues los habia llevado consigo), se quitaron sus pantuflos y se revolcaron en el suelo. El *chibouktchi*, robusto mozo, de semblante pálido, a quien su empleo actual conducirá tal vez hasta brillar algun dia como gran dignatario en Estambul, pasaba revista a todos los objetos que habia en mi camarote con un aire de risueña satisfaccion. Entretanto el agá mismo se sentia molesto en su dignidad, y se esforzaba en responder por medio de mi intérprete a las preguntas que yo le dirigia. Un hombre grueso de cierta edad, cuñado del agá, que por este titulo parecia ejercer cierta influencia sobre él, se mostraba mas juicioso que todos los demás. En toda la visita estuvo contento y de buen humor, no rehusando ni bizcochos ni champaña: era, en una palabra, un buen compañero, hombre honradote a la antigua. El agá, por su parte, manifestaba gran desconfianza del espirituoso vino de Francia. Necesario fué, para decidirlo a que lo tomase, asegurarle que esa bebida no era otra cosa que mosto de manzanas, lo que sin duda podria ser en realidad.

Lo que pareció agradarle mas de todo el camarote, fueron las sillas; parecia que nunca habia visto cosa semejante. Halló que este objeto era muy cómodo; y sin acordarse de su dignidad de representante diplomático, hizo saber por el intérprete que le agradaria mucho llevarse un ejemplar de esa curiosidad para conservarlo en su museo doméstico. Iba yo a acceder al pedido, cuando el sabio cuñado entró é hizo comprender a su pariente la puerilidad de su deseo. El agá se consoló haciéndose servir tabaco por su *chibouktchi*, y cargando su pipa. Cuando la nube de nicotina fué demasiado espesa, y me pareció que la cordialidad oriental iba un poco léjos, di la señal de partida y conduje al puente a las autoridades mahometanas. Allí llamé al mas ágil de nuestros marineros, excelente mozo de la isla de Lissa, y le ordené que subiese al palo de trinquete, lo que ejecutó con ligereza tal, que hubiera hecho honor a un gato. La Turquía estaba estupefacta. Invité al agá para que siguiese al marinero hasta la gávia, y gozase de un panorama marítimo; pero él declinó la invitacion con excesiva política: era, en su opinion, mucha bondad de mi parte.

Contentísimo estuve cuando los vi a todos en la chalupa. Hice ventilar y lavar todo mi camarote, tanto más cuanto que había podido saber por el pedido que el agá había hecho de un médico, que sufría de una enfermedad de la piel de las ménos agradables. Tales son las satisfacciones de una mision diplomática en las costas de aquel país patriarcal.

El día debía acabar de un modo muy triste para mí y para toda la tripulacion. Un capitán que comprende su posición y que tiene verdaderas ideas y sentimientos de marino, ama a sus inferiores, y no se halla bien sino entre los marineros que ha formado. Establécese con el tiempo, en un buque bien ordenado, un estrecho lazo entre toda la tripulacion. Juntos pasan los peligros; a todos regocija el éxito de las maniobras; juntos atraviesan alegremente la inmensidad de los mares, y en el vasto Océano se forma una pequeña comunidad íntimamente unida por todas las circunstancias de la vida. Si, pues, un hijo de esta gran familia se halla en peligro, sería necesario tener poco corazón para no sentir una ansiedad dolorosa. Uno de nuestros marineros había sentido la semana precedente una ligera indisposición. Desde aquel momento, agobiado por el calor ardiente y por la falta de todo medio de frescor, se le había trasladado en su hamaca al castillo de proa, al aire libre; los médicos habían empleado todos los medios de su arte, por desgracia tan incompleto: nada se había logrado, la lámpara se iba acabando y los espíritus vitales se desvanecían de hora en hora. A cada instante me dirigía yo al moribundo, y le preguntaba: "¿Cómo os sentís?" Pero ya sus ojos vidriosos podían apenas reconocerme, y su lengua solo balbuceaba confusas palabras.

Marcos Rugger agonizaba en los momentos en que el resto de nuestra sociedad regresaba alegremente de la caza: doloroso contraste con las distracciones de regocijo á que se entregaba nuestra colonia flotante. Cuando el médico me anunció que la muerte estaba próxima, dí á Miguel de Nicolo, puesto que era el factor de Rondoni, la comision de buscar cuanto ántes á un eclesiástico. Enviáronse mensajeros en todas direcciones. Desde la costa se nos hacian señales telegráficas, para anunciarnos la llegada del sacerdote tan impacientemente esperado. Pero las horas

corrían, y los consuelos de la iglesia no llegaban: fué necesario, por fin, tomar una resolución, pues un marinero austriaco no podía salir de este mundo como una criatura sin alma.

La tripulacion se había agrupado por un movimiento de simpatía, al rededor del moribundo. Decía yo que alguno empezase las oraciones de los agonizantes, pero nadie se atrevió á hacerlo. En nuestro siglo, siente uno en las horas solemnes un embarazo extraño: la religion ha llegado á ser un objeto incómodo; es un fuego que arde todavía, pero que ya no inflama. Ví al círculo permanecer mudo y avergonzado en torno mio: el momento importante de que pende la salvacion podía perderse por ligereza. Yo no reflexioné mas tiempo: en un instante bajé á mi camarote, y traje un fragmento de la verdadera cruz, con mi libro de oraciones. Hice sujetar á la hamaca la preciosa reliquia, y me arrodillé cerca del moribundo. Este acto destruyó el encantamiento del espíritu maligno, y un coro de piadosas oraciones se elevó por la salvacion de la pobre alma. Los últimos rayos del sol nos iluminaban por las aberturas de proa, cuando el pobre jóven espiró. La campana del buque hizo oír un fúnebre tañido, y la noche que caía extendió pacíficamente su sudario sobre el que ya no existía.

Hasta entónces no había visto morir á nadie. Necesité de un esfuerzo extraordinario para permanecer hasta el último momento. Lo que mas me conmovió, fué ver los répetidos saltos del moribundo en los últimos minutos para precipitarse fuera de la hamaca: sus compañeros de la isla de Lissa, debieron, para contenerlo, agarrarlo de los brazos que se retorcian convulsivamente. De repente su cabeza cayó para atrás, y murió. Terrible cosa me pareció asistir á ese espectáculo, y sin embargo conocí que la muerte es mucho mas fácil de lo que me había figurado. Aquel momento fué solemne, y, á Dios gracias, edificante. Ví lágrimas en los ojos de nuestros jóvenes oficiales, que de ordinario no piensan en la muerte. Esta grave leccion fué saludable para mí y para todos ellos.

En el curso de la noche los marineros me pidieron permiso para rezar en coro el rosario cerca del difunto. Esto me causó viva satisfaccion. El ataúd estuvo listo ántes de media noche: se le descendió lentamente con su carga á una chalupa; pusieronse en mo-

vimiento los remos; la pálida luna desaparecía en el horizonte. Por largo tiempo todavía oímos en el silencio de la noche á la chalupa que remaba en direccion del claustro: el cuerpo fué depositado en la capilla, en donde se le confió al cuidado de la poblacion católica de la costa. Todo este drama habia pasado con espantosa rapidez; el pobre marinero apénas habia caído enfermo, abandonaba el buque, é iba á descansar solo y en país lejano en una capilla extranjera. Cada cual se retiró hoy á su hamaca con el alma llena de los mas graves pensamientos.

5 de Agosto de 1853.

La mañana fué empleada á bordo en trabajos y ejercicios. A las dos se izó el pabellon á media asta. Una larga serie de chalupas se dirigió al monasterio con toda la parte disponible de la tripulacion. A su cabeza bogaba el bote del capitán, llevando tambien el pabellon á media asta.

Encontramos a la poblacion católica reunida en el patio del ruinoso edificio para recibirnos y conducirnos a la iglesia que está muy deteriorada. El ataúd estaba allí descubierto; un sudario cubria la cara del cadáver: un pequeño crucifijo de madera, hecho de prisa por el carpintero del buque, habia sido colocado en sus manos. La tripulacion se colocó en órden: nuestro médico se adelantó y dijo una corta alocucion apropiada a las circunstancias, la cual terminó por el *De Profundis*. Cerróse el ataúd: los camaradas del muerto se levantaron y se lo llevaron a pasos lentos. Ellos abrian el cortejo y nosotros seguíamos. Depositóse el cuerpo en el patio del claustro, inhumándolo a la sombra de una antigua higuera. Oyéronse las salvas de mosquetería: cada uno de nosotros echó un poco de tierra en la fosa que se llenaba, y sobre la tumba se plantó una cruz con una corta inscripcion.

Fué aquella una ceremonia sencilla, sin aparato; pero era un tributo pagado por marineros a un marinero. Entristecia a todos el pensamiento de que el muerto descansaria aislado en una tierra extranjera. La impresion producida en la poblacion católica fué profunda. Distribuimos el pan y el vino entre las familias presentes, nos despedimos de Miguel y regresamos a bordo con el pabellon izado.

Para borrar la penosa impresion que nos causaba ahora la vista de Rondoni, queriamos hacernos a la vela en el instante para Durazzo, que era el primer punto en que debiamos tocar; pero la calma que sobrevino nos detuvo.

En la tarde vimos que la costa se cubria repentinamente de gente que nos hacia señales con el gesto y la voz. Pensando que seria el eclesiástico que llegando tarde, ¡ay! demasiado tarde, querria venir a bordo, enviamos una chalupa. Volvió a fuerza de remos: Scanderbeg II escaló al abordaje, y con gran sorpresa mia, se arrojó a mis piés deshaciéndose en lágrimas y alaridos. En su dolor nos contó que el bajá de Tiranna habia llegado con dos mil hombres, que se habia apoderado y hecho amarrar a su hijo, amenazándolo con que cortaria la cabeza a este niño, si la corbeta se hacia á la vela ántes de que pudiese visitarla.

El asunto parecia serio y las revueltas del Oriente lo explicaban suficientemente. Miguel de Nicolo era cristiano como toda su familia. No era permitido que uno solo de sus cabellos cayese de sus cabezas, miéntras la bandera del Austria flotase en las costas de la Albania, supuesto que el Austria acababa de tomar bajo su patrocinio a los cristianos del Oriente. Me enardecia el ultraje que se nos hacia, y estaba firmemente resuelto, caso de que se confirmase la noticia, a emplear con el bajá las medidas mas rigurosas. Hice armar en guerra una chalupa, y la envié a tierra con el mas hábil y el mas moderado de nuestros oficiales, para pedir perentoriamente explicaciones.

No la ví alejarse sin viva emocion; en el fondo me regocijaba dar una leccion a los musulmanes en beneficio de los hermanos cristianos. Todo lo tenia preparado para llamar a mis hombres al puesto de combate, y estaba decidido, dando a los negocios una direccion seria, a obligar al bajá a llegarse a mi bordo, ó bien a purgar al país de la presencia de sus seides por medio de algunos cañonazos bien dirigidos sobre el bosque de la costa. Hubo un momento de espera que me pareció insoportable. Por fin, volvió la chalupa al caer la noche, y nos trajo la palabra del enigma.

En efecto, habia llegado el bajá: sus genizaros acampaban en el bosque, y aquel habia manifestado de un modo bastante brutal su deseo de ver la corbeta. Pero Scanderbeg II, como era evidente,

se había olvidado en el festin funerario; había mirado demasiado con sus ojos de zorro el fondo de la botella; su cara estaba mas encendida que de costumbre, y toda la novela, con el rapto de su querido heredero, no pasaba de una fantasmagoría albanense. No podia decirse esta vez *in vino veritas*. ¿Había venido el bajá sin ningunas malas intenciones? Los genizaros probaban suficientemente lo contrario. Pero el lenguaje hábil y frio de nuestro enviado lo había reducido al equilibrio diplomático, y por su conducto me pedia humildemente una audiencia a bordo. No se podia intentar hacerse a la vela porque todavía duraba la calma; por consiguiente su solicitud le fué otorgada para el dia siguiente. En cuanto a Scanderbeg II, ese discípulo ingénuo é inventivo de Baco, lo hicimos volver al seno de su noble familia, no sin haberle dirigido los reproches y las burlas que merecia.

Durazzo, 6 de Agosto de 1853.

He permanecido doce largos dias en el puerto de Durazzo. Había mucho que hacer en la corbeta para introducir el mando en aleman. Fué necesario que los oficiales lo aprendiesen primero para enseñarlo a los cadetes y estos a su vez a la tripulacion. Las mañanas las empleábamos en el ejercicio de las velas. Con grande alegría mia, y gracias a la buena voluntad de todos, se manifestó a poco un progreso sensible.

Hallábamos nuestra distraccion en la caza, que llenaba con frecuencia el resto del dia. La primera vez el teatro de nuestra excursion fué un vasto estanque situado en una llanura de los alrededores de la ciudad, a la que nos dirigimos despues de la misa.

Habia oído el servicio divino en el interior del país, en la parroquia. ¡Qué parroquia! ¡Y qué local! ¿Puede hallarse algo mas triste y mas desconsolador? Imagínese una casa construida a la turca, una puerta, ó mejor dicho un agujero por donde no se pasa sino agachándose; atraviésese una cocina negra y ahumada, súbase una escalera de madera, es decir una especie de escala vacilante, y lléguese al fin a un cuarto pequeño y bajo; tal es la iglesia de Durazzo. Paños hechos trizas, galones falsos que dejan ver el cordon, y ramos de flores marchitas componen el adorno del altar. Y sin embargo, esa misa rezada no se borrará nunca de mi me-

moria, gracias a la tierna majestad y al carácter sumamente religioso de la celebracion.

El padre Negri, con quien habíamos contraído amistad, nos acompañó hasta la puerta de la ciudad. Vigorosos caballos turcos, con las bridas decoradas de fantásticos adornos, nos llevaron en rápida carrera hasta las orillas húmedas y esponjosas del lugar de reunion para la caza. Es un lago salado que humeaba por efecto del calor, y cuyo limo servia de retirada a rebaños de búfalos. El búfalo es el tipo de la creacion primitiva; hace parte de los cuadros melancólicos que presentan los pantanos vírgenes. Es el ciudadano de los imperios caídos ó de los imperios por nacer; tiene su domicilio en los lugares en que reina la naturaleza salvaje, la naturaleza no sometida al trabajo y al genio del hombre. Sobre la vasta laguna flotaban millares de pájaros acuáticos cuyo plumaje deslumbraba por su blancura bajo los rayos del sol; multitud de caballos y mulas pacian en las orillas del lago cubiertas a lo lejos de verdura.

Á eso de medio dia, en el momento de mayor calor, bajamos del caballo, y con la carabina en la mano nos pusimos en acecho entre los carrizales, sobre un terreno esponjoso. El aire y el agua solo eran reflejos y vapor abrasador: ni un movimiento, ni un sonido. El aire parecia demasiado pesado para agitarse, el agua demasiado gruesa para levantarse en aquella hora de ansiedad y de silencio que suspende la vida de la naturaleza en los países del Sur. Solo algunos pelícanos de regreso de sus excursiones matutinas, y con el buche bien lleno, bajaban con un vuelo sumamente lento á los carrizales cuya sombra abrigaba sus nidos. Cuando se disparaba un tiro, veíase por un momento levantarse enjambres de zancudos de alas de plata, de cisnes, de cigüeñas y de otros habitantes de la laguna: turbados en su sueño, brillaban un instante a los rayos del sol, para ir a posarse un poco mas léjos. Solo las inquietas gaviotas pasaban como relámpagos al rededor del cazador y parecían no poder saciar su curiosidad. Cuando una víctima caía pesadamente sobre las aguas humeantes, se oía por largo tiempo el grito agudo de estos pájaros acuáticos y el doloroso quejido del chorlito real.

Estas imágenes originales de una naturaleza extranjera, me en-